

El Porvenir del Obrero

N.º 119

Oficinas: Castillo 59.—Mahón (Baleares)

8 Noviembre 1902

Número suelto 5 cts.—Trimestre 1 peseta

Paquete de 30 ejemplares, una peseta.

La mentira religiosa

¿Cómo mostrar cada rasgo de la mentira religiosa? Es preciso contentarse con poner ejemplos al azar. Los diplomáticos usan de corrupciones y de amenazas para decidir á los cardenales á nombrar un Papa á su gusto; y cuando estas intrigas laboriosas dan resultado, los mismos diplomáticos reconocen al Papa una autoridad que supone ser el Espíritu Santo quien lo ha escogido por sucesor de San Pedro. La elección de un Papa es un acontecimiento importante para millones de gentes que rien á carcajadas cuando leen el relato de que se ha instalado un nuevo dalai-láma después de la muerte de su predecesor; sin embargo, los dos sucesos tienen entre sí la más grande semejanza. Los gobiernos envían representantes cerca de un hombre cuya importancia consiste en poder dar á Dios nuevos santos, asegurar á las almas recompensas en el cielo y librar á los pecadores de las penas de una combustión póstuma. Al hacer tratados con el Papa, dichos gobiernos reconocen solemnemente que aquel posee en efecto una influencia particular cerca de Dios; que se halla dotado por él de una parte de su poderío sobre la Naturaleza y la Humanidad, y que se deben á un personaje tan formidable consideraciones que ningún otro hombre tiene derecho á pretender. Estos mismos gobiernos no sienten escrúpulo al enviar expediciones al interior del África y en burlarse de un encantador negro que viniera á impedir á sus emisarios penetrar en aquel territorio, amenazándoles con la cólera del fetiche, del cual se juzga el más poderoso favorito y consejero. ¿Quién me dirá la diferencia entre este pobre diablo de negro y el Papa romano, puesto que los dos pretenden ser primeros ministros de Dios, poder dirigir su rayo y hasta recomendarle gentes para una recompensa ó señalarlas para un castigo? ¿Dónde está, pues, la lógica de los europeos ilustrados cuando tratan al uno como á un bromista gracioso y al otro como una majestad digna del más grande respeto?

Cada acto religioso particular conviértese en una comedia palpable y en una indigna sátira cuando se ejecuta por un hombre instruido del siglo XX. Este se rocía de agua bendita, reconociendo así que algunas palabras dichas sobre aquel agua por un sacerdote, con acompañamiento de ciertos gestos, la han cambiado en su esencia, comunicándole virtudes misteriosas, en tanto que el más simple análisis químico probará que entre esta agua y cualquier otra no hay más diferencia que la pureza. Rézase alguna oración, se hacen genuflexiones al tomar parte en las misas y otros oficios divinos, admitiendo que existe un Dios y que los ruegos, las muecas, los perfumes del incienso y los sonidos del órgano le conmueven agradablemente; pero sólo cuando las invocaciones son hechas con ciertas palabras y gestos, y si el ceremonial es practicado por personas vestidas de un modo convenido y extraño, con pequeñas capas y ropajes de un corte y mezcla de colores que ningún hombre razonable querría llevar. El simple hecho de que una liturgia se halla establecida y minuciosamente observada, no puede ser traducido sino de esta manera por el lenguaje de todo hombre de buen juicio; los sacerdotes aprendieron de origen cierto, que Dios no sólo tiene la vanidad de escuchar cumplimientos, alabanzas, adulaciones de todos géneros,

de querer que se ensalce su grandeza, su sabiduría, su bondad, todas sus otras cualidades, sino que á esta vanidad une el capricho de no aceptar dichas alabanzas y cumplidos sino bajo una forma determinada, y de ningún modo con cualquiera otra. Y los hijos del siglo de la ciencia afectan respeto por las liturgias y no sufren que se traten estas bufonadas con el desprecio que merecen.

Más insoportable y más indigna todavía que la mentira religiosa del individuo, es la mentira religiosa de la comunidad. Muchas veces un ciudadano afiliado exteriormente á una religión positiva que practica, no oculta que en el fondo es extraño á la superstición, y que no está convencido de poder, si pronuncia ciertas frases, cambiar el curso de las leyes del mundo; arrancar al diablo un niño rociándole con agua bendita, y por el agua y las palabras de un hombre con capa negra abrir á un pariente muerto la entrada en el paraíso. Pero como miembro de la sociedad y del estado, este mismo individuo no titubea en declarar necesarias todas las instituciones de la religión positiva, y hace cuantos sacrificios materiales y morales reclaman los soldados guardadores de la superstición reconocida y pagada por el Estado. Este mismo Estado que funda universidades, escuelas y bibliotecas, construye también iglesias; este mismo Estado que nombra profesores, paga también sacerdotes; el mismo Código que decreta la enseñanza obligatoria de los niños, condena la blasfemia y la burla ú ofensa á las religiones estatuidas.

Reflexiónese bien esto. Vosotros decís que la tierra está inmóvil y que el sol gira en torno de ella, aunque se os demuestre lo contrario de una manera irrefutable y por todos los medios científicos; ó bien vosotros afirmáis que la tierra no tiene más que cinco mil y tantos años de existencia, aunque se os pueden enseñar piedras conmemorativas de Egipto y de muchos otros países que tienen algunos millares de años más de antigüedad; y, á pesar de este contrasentido, nadie os puede molestar, no se os encierra en un manicomio, ni se os incapacita siquiera para ejercer empleos ni dignidades, no obstante haber dado la prueba más patente de que os falta en absoluto aptitud para juzgar y de que no poseéis las cualidades intelectuales necesarias para administrar vuestros propios intereses y menos todavía los intereses públicos. Vosotros, por el contrario, afirmáis no creer en la existencia de Dios y sostenéis que el Dios de las religiones positivas es el producto de espíritus infantiles, vulgares ó tímidos, al punto os exponéis á una persecución judicial y á ser declarados incapacitados para ocupar empleos y puestos honoríficos. Sin embargo, no se ha dado todavía ninguna prueba seriamente científica ó razonable de la existencia de Dios. Hasta las pretendidas pruebas que el teólogo más crédulo puede suministrar, están muy lejos de ser tan claras y convincentes como aquellas con las cuales el arqueólogo y el geólogo demuestran la antigüedad de la civilización humana y de la tierra, ó las que dan los astrónomos para demostrar el movimiento de ésta alrededor del sol. Asimismo, colocándose bajo el punto de vista de los teólogos, es infinitamente más digno de excusa el que duda de Dios, que el que duda de los resultados palpables de las investigaciones científicas.

Continuemos: el Estado nombra profesores, los paga con el dinero de los contribuyentes, les confiere títulos y dignidades, en suma, les confiere parte

de su autoridad, y estos profesores tienen por misión enseñar y probar que los fenómenos del mundo están regidos por leyes naturales; que la fisiología no conoce ninguna diferencia entre las funciones orgánicas de todos los seres vivientes, y que dos veces dos hacen cuatro. Sólo que al lado de estos profesores de ciencias exactas el Estado nombra también profesores de teología; que tienen igualmente la misión de enseñar (no ya de probar, sino de afirmar) que los hombres nacen con un pecado de origen; que Dios ha dictado cierto día un libro á un hombre, que en muchas circunstancias las leyes naturales han sido suspendidas; que una parte de harina puede, gracias á algunas palabras murmuradas sobre ella, convertirse en carne de un hombre determinado, muerto pronto hará dos mil años; en fin, que tres hacen uno y que uno hace tres. El ciudadano sujeto á las leyes, que escuche sucesivamente una lección de ciencias naturales explicada por un profesor del Estado y otra por un catedrático de teología investido de la misma autoridad, ha de encontrarse en un extraño embarazo. El primero le dice que después de la muerte el organismo se disuelve en sus partes elementales; el segundo le asegura que muertas ciertas personas, no solamente se conservan intactas, sino que aún vuelven á la vida. Y las dos enseñanzas las recibe bajo la garantía del Estado. ¿A qué profesor debe dar crédito? ¿Al teólogo? En este caso, el naturalista miente; el Estado paga un embustero y le da con pleno conocimiento de causa la misión de extender las mentiras entre la juventud. ¿Debe creer al naturalista? Entonces el teólogo es el embustero, y el Estado se hace culpable de la misma falta de engaño voluntario al apoyarlo. ¿Quién podría extrañar que ante tal dilema el ciudadano unido al Estado llegara á retirarle su respeto?

Pero no es esto todo. La comunidad persigue ante los tribunales á ciertas viejas que se hacen pagar por las jóvenes incautas bajo el pretexto de volverlas al cariño de sus amantes; pero esta dicha comunidad retribuye y honra á los hombres que sustraen el dinero á las mismas jóvenes ó á cualquier otra persona bajo el pretexto no menos engañoso de librar con mojigangas del fuego del purgatorio á sus parientes difuntos. La costumbre exige que se trate con respeto y obediencia á los eclesiásticos, principalmente á los altos cargos de la Iglesia, los obispos y los cardenales; á dicha costumbre se someten hombres que tienen por embaucadores á estos mismos eclesiásticos; por embaucadores ó tontos parecidos á los curanderos de los pieles rojas, que siguen también una liturgia, hacen ceremonias y rezan oraciones, pretendiendo con ellas poseer una influencia sobrenatural. ¿Se rien de aquellos y luego van á besar la sandalia del Papa ó el anillo de un prelado!

Los diarios oficiales y oficiosos refieren algunas veces, en son de burla, que en China el gobierno amenaza á su Dios con destituirlo cuando no satisface ciertas necesidades del país, cuando, por ejemplo, no manda llover, no concede una victoria á las tropas imperiales, etc. Pero los mismos diarios imprimen á la cabeza de sus columnas un decreto gubernamental ordenando (como se ha hecho en Inglaterra después de la victoria de Tel-el-Kebir) dar gracias á Dios en un día fijo, en términos establecidos oficialmente, por haber prestado al pueblo en una cuestión ó circunstancia determinada su apoyo especial. ¿Dónde está la diferencia entre el

decreto del gobierno chino suprimiendo á un dios de aquél país una parte de sus ofrendas porque ha consentido los estragos de una epidemia, y el decreto del gobierno inglés expresando á Dios un público reconocimiento porqué defendió valientemente los intereses de la política inglesa en Egipto y se ha portado como amigo de Inglaterra y enemigo de los árabes? Ambos decretos suponen la misma manera de ver; pero los chinos son más osados y más lógicos que los ingleses, que en caso de una derrota no se atreverían á expresar á Dios el descontento por la negligencia en cumplir sus deberes hacia la nación que le adora.

Lo he dicho anteriormente: sería muy largo demostrar la mentira religiosa en todos sus detalles; debemos, pues, limitarnos á algunos ejemplos, so pena de incurrir en mil repeticiones. Esta mentira penetra y desmoraliza toda nuestra existencia pública y privada. El Estado miente cuando ordena rogativas; cuando nombra sacerdotes; cuando llama á la alta Cámara á los príncipes de la Iglesia. La comunidad miente cuando edifica templos. El juez miente cuando pronuncia sentencias por sacrilegio ó por ofensa á las asociaciones religiosas. El sacerdote, hijo del tiempo moderno, miente cuando se deja pagar por actos y palabras que él sabe son mojigan-gas y boberías. El ciudadano emancipado miente cuando afecta respeto hacia el clérigo, cuando comulga ó hace bautizar á su hijo. En el seno de nuestra civilización existen aun formas antiguas de culto, que en parte se remontan al mundo primitivo; éste es un hecho monstruoso, y el lugar que ocupa aquí el sacerdote, equivalente europeo del curandero de América y del *almany* de Africa, es un insolente triunfo de la cobardía hipócrita y flaco espíritu, sobre la verdad y firmeza de los principios; este triunfo basta por sí solo para caracterizar nuestra civilización actual como mentirosa, nuestras formas políticas y sociales como imposibles de mantener.

Max Nordau.

La familia en la sociedad burguesa

Nuestros enemigos, y especialmente los católicos, no hacen más que cantar las excelencias de este régimen social presente que padece la humanidad, constituido sobre la base del matrimonio indisoluble, santificado y bendecido por la Iglesia.

El matrimonio, para ellos, es indispensable y á esto se debe el que constituida la sociedad doméstica, esté á salvo de las veleidades y caprichos del corazón humano la educación física y moral de la prole y la dignidad de la mujer. ¿Y es esto cierto?

Muy al contrario. En la sociedad burguesa, en esta sociedad metalizada, amparada y sostenida por la Iglesia, la familia tiende á destruirse. En esta sociedad, en la que todo se hace objeto de especulación, el matrimonio se ha convertido ya en un negocio más y el amor no es en la clase acomodada el que une los corazones sino el egoísmo, un egoísmo desmedido que no tiene más objetivo que disfrutar las riquezas que posean uno ó ambos consortes. De estas uniones mercantiles que la Iglesia bendice, se suceden una porción de males, que sólo con una transformación radical de todo lo existente es posible evitar.

Innumerables casos podrían citarse en aseveración de lo que dejamos dicho, así como también de que la dignidad de la mujer casada padece constantemente, sobre todo al ver á sus maridos hastiados de su cariño buscar en otras mujeres la satisfacción de sus pasiones.

Se dice que la educación de los hijos tiene que ser función de ambos consortes, resultando de esto la imperiosa necesidad de que el matrimonio sea indisoluble, y en ninguna de las clases sociales, aparte algunas excepciones, la educación de la prole es actualmente función de los esposos. Los ricos, porque pueden, desde muy tierna edad encierran sus

hijos en colegios donde les dan instrucción y educación, no sus padres, sino gentes mercenarias; los pobres, los que viviendo al día con un mezquino salario que apenas llega para distraer el hambre, tienen que asistir cuotidianamente al taller, á la fábrica, ó al servicio doméstico, vense *á fortiori* obligados á dejar abandonados durante el día en medio del arroyo á esos infelices seres que algún tiempo después, sin haber recibido instrucción ni educación, porque sus padres no han podido dársela, van á parar á los centros donde han de crear la riqueza y ser explotados inhumanamente.

La actual sociedad se derrumba por sí misma y con ella los fundamentos que la han dado estabilidad. Por eso la moral cristiana que en otro tiempo sirvió de freno á las pasiones, hoy está corrompida hasta por los encargados de conservarla incólume, y la familia, base y cimiento de esa sociedad, se descompone, á disgusto de los que consideran imposible la constitución de la sociedad sobre otras bases más en armonía con el progreso y la civilización.

Heráclio.

DONA IDEAL

Erisós, per tot la cerco constantment.

La veig en l' ilusió de ma fatlera,
senzilla, forta, digna, inteligent,
y ovirant l' orisó d' una nova Era.

¿Será sols de ma pensa una quimera?

¿Es que no més existeixen realment

la imbecil, la beata y la ramera,

tot ellas ignorancia y fingiment?

No; jo espero en mon camí trobar-hi

la dona que am tinga afinitat,

y unirse lliurement am mí declari.

¿Quin goig llavors ser d' ella l' estimat,

y á dintre de son ventre am pler sembrar-hi

la llevar de la Nova Humanitat!

J. Mas-Gomeri.

¡Oh, las gentes sensatas!

Con motivo de haberse suscitado estos días la probabilidad de estallar la huelga general en Valencia, todos los hombres sesudos han expuesto su opinión desde los periódicos de su iglesia.

No puedo reflejar en estas cuartillas las diversas opiniones expuestas con tal motivo, porque fuera tarea enojosa y prolija; me haré solo eco de una: «En el extranjero, donde los trabajadores están más preparados que aquí para luchar contra el capital, todas las tentativas de paro general han fracasado.»

Dispéñenme los señores que han expuesto esta peregrina afirmación.

Los obreros del extranjero no están más preparados que los de muchísimas poblaciones de España para luchar contra sus explotadores; afirmo, al contrario, que aun siendo generalmente más instruidos que nosotros, están muy por debajo de los obreros españoles para sostener este género de luchas.

Diré el porqué.

No pretendo instruir á los señores que me han movido á coger la pluma; saben ellos mejor que yo que no son ciertas sus afirmaciones, y solo les invito á ser sinceros.

Las luchas políticas á las que desde hace más de un siglo ha tenido que asistir el pueblo francés—por ejemplo—debieran haber alejado á este de aquellas; desgraciadamente no ha sido así. Engañadas eternamente las masas por los ambiciosos y los charlatanes, han venido apasionándose por todos los que les han presentado medios empiri-

cos y pócimas con la etiqueta pomposa de «Panacea.»

Actualmente, incluso las falanges inmensas de mineros de todas las cuencas de la vecina república, toda la ilustración de la clase obrera francesa está adquirida en la lectura del periódico de *son homme*, en los discursos de su diputado y en los folletos de su jefe. Todo, pues, facilita la desorientación de las clases productoras; la desgraciada condición de nuestros hermanos mineros y el apasionamiento equívoco de los demás obreros.

Aquí, dentro de pocos años, tendremos también la desgracia de ser más sensatos, *enérgicos* é ilustrados que lo somos actualmente; será que los charlatanes habrán conseguido imponer sus *específicos*. Los obreros entonces dejaremos todas las diferencias con nuestros patronos en manos de nuestros diputados, de nuestros concejales, de nuestras autoridades. Solo nos tendremos que ocupar en destruirnos durante los períodos electorales y en votar... naturalmente.

El lenguaje de todos estos entes es el mismo: ponderar las excelencias del extranjero, adular al pueblo cuando éste saca las aguas de su verdadero cauce para llevarlas al molino de la política, y de paso zaherir con viles reticencias á los perturbadores, á los elementos extraños, etc.

Ya en Valencia, donde la multitud que se parapetaba detrás de las borricadas ha degenerado en chusma electorera, van produciéndose fenómenos muy parecidos á los del extranjero.

El día 26 del pasado Octubre una enorme mayoría de sociedades obreras acordó la huelga general como acto de solidaridad hacia las torcedoras de seda, en huelga y despreciadas por sus patronos. Al día siguiente de dar *El Pueblo* la noticia, en el mismo diario, una porción de sociedades, parodiando al niño miedoso del cuento, decían con lenguaje más ó menos sincero: «Tío, yo no he sido» Unas declaraban que su delegado se había excedido, otras que se hallan comprometidas con sus superiores, otras aún que sus delegados eran apócrifos.

La baja moral á que nos han conducido unos cuantos redentores, produce ya sus frutos. La nimiedad y lo baladí, ocultando una cobardía senil que nos deshonorra, empieza á asemejarnos mucho con los obreros de otros países, donde «el paro general fracasa siempre.»

Los mineros de Francia, que hace unos cuantos años sueñan con la huelga general para conquistar muchas de sus justas reivindicaciones, no pueden llegar nunca á un acuerdo porque los secretarios de sus federaciones, sus jefes de partido y diputados, no ven nunca oportuno el movimiento.

A principios del mes pasado parecía por fin que la oportunidad había sorprendido á los que no la veían aún; pero las *gentes sensatas* lo han malogrado todo.

Los obreros descargadores de carbon del puerto de Dunkerque, acuerdan el 19 de Octubre no descargar este mineral inglés, hasta que sus compañeros mineros en huelga en casi toda Francia, hubieran sido atendidos en sus reclamaciones. El acuerdo fué por 853 votos contra 10. Los descargadores de Marsella y otros puertos acuerdan lo mismo. (Journal 21 Octubre p. 3.^a)

Un delegado del *Comité Nacional* de los mineros, declara que estos no deben ni siquiera ha-

cer una huelga general y revolucionaria y que si ha habido dinamita y pedradas en algunas poblaciones mineras es debido á la ingerencia de *elementos extraños*. (Journal del 23).

El 24, luchas en varias poblaciones é intervenció de los gendarmes y húsares en el movimiento huelguista. En Dunquerque, la huelga, ya generalizada á todos los trabajadores del puerto, adquiere un caracter de violencia que hace insostenible la situación para la burguesia y el comercio.

Pero aquella noche llega un diputado. Al día siguiente 25 el consejo administrativo del sindicato, publica un cartel acusando de un modo vil y policiaco á los que habían tomado parte en el motín de la víspera; el alcalde propone una votación de todos los obreros para decidir si el trabajo debe ó no empezarse al día siguiente. Las papeletas repartidas profusamente dicen: «Por el trabajo». «Contra el trabajo».

Los que habían proclamado la huelga por unanimidad menos 10 se ven derrotados por algunos centenares.

¡Oh poder de las gentes sensatas!

Al día siguiente el diputado Lassalle les cuenta que en la Cámara habían obtenido los obreros un triunfo aprobándose la ley de arbitrajes, «pero motines como los de ayer comprometen nuestro triunfo». (Journal del 25, p. 1.^a)

En resumen los cargadores al trabajo, los mineros desorganizados y las industrias recibiendo carbón de Inglaterra.

¡Están en el extranjero muy preparados los obreros para la huelga general!

En Valencia se van preparando, y si siguen los consejos de las gentes sensatas no tardarán en estarlo tanto como nuestros hermanos de Dunquerque.

Y las hilanderas de aquí como los mineros de allá.

¡Oh, las gentes sensatas!

A. López Rodrigó

Los niños de la Inclusa

Me estremecí: lo confieso. Al ver sus rostros pálidos; sus cuerpos débiles, encerrados en las blusas destefidas, cubriendo su cabeza la gorra y calzando su pié la alpargata; sus labios incoloros, que no conocen la dulzura del beso maternal; sus ojitos infantiles, de mirar tímido y acariciador, sentí que el llanto humedecía mis ojos.

Les encontré en la calle de Pelayo. Se destacaban, *despegándose* de la felicidad, verdadera ó aparente, que les envolvía. Llamaron mi atención, interrumpieron mis meditaciones, me fijé en ellos...

No pude menos de compararles al borrón de tinta con que una mano criminal, ó torpe, estropea el cuadro primoroso en que brilla la luz, en que la realidad nos subyuga, en que nuestra retina goza con el placer sin limite del arte. Me produjeron el mismo efecto que me produciría oír una interjección no culta del arroyo, que interrumpiera las sonoras estancias de la oriental de un trovador. Creílos semejantes á las notas inacordes, arrancadas por la mano imperita del niño, que fuesen á mezclarse con las tiernas y conmovedoras de un nocturno.

Al lado de la reluciente bota de charol que parecía llamarnos, al rechinar sobre la acera, adiviné más bien que oír el tenue mormullo de la alpargata, vergonzoso, vacilante, como si quisiera pasar desapercibido; junto á la aristocrática seda, al lla-

mativo *surah*, al crugiente raso, destacábase el humilde y plebeyo dril de las blusas de los hospiciados.

El lujo chillón de los escaparates modernistas; los soberbios trenes, de troncos andaluces, que rodaban por el empedrado, el vestir fastuoso de una sociedad, cuyo ídolo es la apariéncia, todo contribuía á hacer más visible el borrón que inutilizaba tan hermoso cuadro de vida y de luz. ¿Qué más? Hasta las monjas, que les conducían, por rara coincidencia ó cruel fatalidad, parecieronme que se despegaban de los niños, que no eran, que no podían ser las monjas de la Inclusa. Sus rostros encendidos y mofletudos, sus cuerpos rebosando obesidad y robustez, formaban con los niños tal antítesis, que creí, por un momento, que aquellas monjas se encontraban en aquel sitio por casualidad, no por obligación.

Recordé entonces que aquellos niños fueron abandonados por sus padres, por sus padres que tal vez pasaban envueltos en telas deslumbradoras, conducidos por carruajes blasonados, indiferentes, soberbios, sin dirigirles una mirada amorosa, sin que un grito de su corazón les advirtiese que por allí iban pedazos de su carne y gotas de su sangre.

¡Los inocentes de la Inclusa pagar las culpas de los hipócritas del gran mundo! ¡Aquellos niños sin defensa y sin valimiento ser condenados al nacer, á cumplir una sentencia inapelable y terrible! ¡Arrojar á aquellos seres, á quienes se niega un nombre—¿qué un nombre?... un beso maternal,—con su complexión débil y su cerebro ignorante, á la lucha sin cuartel por la vida!... ¡Malditas sean las crueldades humanas!...

Sumergido en estas reflexiones, me había alejado de aquel lugar. Volví la vista.

Por las aceras de la calle de Pelayo rechinaban las botas del insultante charol; los magníficos trenes de ligeros troncos rodaban por su empedrado; los lujosos establecimientos ofuscaban con sus escaparates modernistas; recogiendo la luz del sol, despedían sus colores el raso, el *surah* y la seda, y por allí lejos, cerca de las Ramblas, iban con sus alpargatas vergonzosas, con sus blusas raidas, con sus rostros descoloridos, con sus ojos de mirar opaco... los derrotados al nacer, los *sin nombre*..., los pobres niños de la Inclusa.

Pedro Pellicena.

La Oficina Regional

á las sociedades que forman la Federación Regional Española de sociedades de resistencia.

Salud.

Una vez más, compañeros, han sido regadas las calles con sangre de los honrados hijos del trabajo.

Una vez más, este gobierno mal llamado demócrata y liberal, ha puesto en práctica las palabras del estúpido Silvela «la cuestión social se resuelva con el mauser».

Una vez más, nuestros gobernantes han demostrado que, para el capital, son letra muerta las leyes y los derechos grabados en las Constituciones de los Estados.

Hoy ha sido La Línea el teatro de sus hazanas; en sus calles han sido muertos cobardemente los obreros por otros proletarios, sus hermanos, uniformados y adiestrados por el capital en la matanza.

Pero todavía llega á más el rencor de la burguesía. No contenta con ametrallar á las masas indefensas en la calle ayer, lanza hoy sus esbirros en persecución de los trabajadores dignos que emplean las pocas energías materiales que el trabajo les deja, en hacer comprender á sus hermanos de explotación, que ésta debe terminar, pues todos los hombres tenemos derecho á la vida. Y éstos son encarcelados á centenares para su tranquilidad y vergüenza y *para escaermiento de los que como ellos piensan*.

Precisa, por tanto, demostrar que no sólo no escarmentamos, antes al contrario, seguimos luchando uno y otro día hasta que veamos nuestros propósitos conseguidos mañana, mientras hoy ayudamos en la medida de nuestras fuerzas á las víctimas de su tiranía, oponiendo á la fuerza de los mausers la constancia y la solidaridad obreras.

La sociedad de albañiles de Madrid «El Porvenir del

Trabajo», comprendiendo esta necesidad, nos ha indicado la conveniencia de abrir una suscripción á favor de esos compañeros, la que encabezan, pudiendo las sociedades remitir las cantidades que acuerden, bien á esta Oficina, bien á los periódicos obreros que con el mismo fin han abierto idénticas suscripciones, mientras se constituye en el Campo de Gibraltar la Comisión de auxilios.

Adelante, pues, compañeros, y no olvidemos que la solidaridad es el lazo que une á todos los trabajadores y el arma que nos ha de llevar á la victoria.

¡Abajo la vil é infame burguesía!

¡Paso al Progreso!

¡Viva la Huelga General!

Por la Oficina Regional: El secretario, José Quiñones.

Zaragoza, 27 Octubre 1902.

Notas. Dirección para esta Oficina: José Quiñones, Regla, 22, bajo, Zaragoza

Se suplica la reproducción en todos los periódicos obreros.

La Corte y el Campo

por Mariano de CADIZ

UNA INTERVIEW CON MI CRIADA

—De dónde eres, tú?

—De Salmeroncillo, provincia de Cuenca.

—¿Y qué familia tienes?

—Tengo á mi padre, á mi hermana y á mi hermano.

—¿Y qué hace tu familia?

—Mi padre y mi hermano salen á dar jornales; mi hermana hace las cosas de la casa.

—¿Cómo vivís en el pueblo? ¿Cuánto ganan los tuyos? ¿Cómo pasáis? ¿Cómo os va? ¿Qué se come allá en tu casa?

A la chiquilla se le soltó la lengua.

—Pus, verá usted; regular vivimos. Padre, cuando hay trabajo gana cuatro reales; mi hermano, que tiene 15 años, dos. Cuando no hay trabajo, pasamos apuros; pero gracias á Dios, no nos quedamos nunca sin comer.

—¿Y qué comida es esa?

—Pus, por la mañana sopas de ajos, ó patatas; por la tarde patatas ó judías, y por la noche, verduras ó judías... ó patatas.

—¿Y carne?

—No, señor,—dice con la sonrisa llena de a-tonía de estas pobres gentes aldeanas.—No comemos carne. Allí se mata algún cordero, pero es para los ricos.—Y sigue con su habla incoherente:—Allí no hay cosas de éstas. Petróleo, por ejemplo, no tienen allí más que los ricos. Los pobres tenemos velones. Y de noche muchas mozas trabajamos haciendo calceta que vendemos después.

Y continúa mirando al quinqué como respondiendo á una pueril reflexión interna:

—Con esta luz se verá mucho mejor hacer calceta...

...No, no se vive allí tan *buenamente* como aquí. Hay mucha *probeza*; sobre todo por la contribución.

—¿Y qué tienes tú que ver con la contribución?

—¡Padre la paga! El año pasado, para dar los veinte duros que le tocan, tuvo que vender el cerdo que se estaba cebando. Yo me he venido también por eso; porque no se puede, y así tenemos una boca menos.

También cuando murió mi madre nos atrasamos mucho.

—¿Cuándo murió tu madre?

—Ya cumplió el año. Entonces iba el médico y mandaba; y mi padre compraba muchas cosas, y carne y de todo.

—¿Viven ustedes contentos en el pueblo?

—¡Ya usted vé; que va á hacer una! Pero aquí se come mejor, sí, señor, se come mejor.

—¿Y por qué paga contribución tu padre?

—Por la casa y la huerta?

—¡Si no fuera por eso! La huerta nos ayuda. Sacamos cebollas, patatas; judías. Vendemos algo y guardamos para el gasto de casa.

Estábamos de sobremesa, yo fumaba mi cigarro, mi mujer me contaba sonriendo las ignorancias y rudezas de la criada nueva.

—Pues no te rías, hija, no te rías, porque todo eso es muy negro, es muy triste. Mira á ese pobre aldeano de Salmeroncillo vendiendo su cerdo para pagar su cuota de contribución, y mira á la hija viniéndose á servir, porque esos gastos arruinan la familia y hay que quitar una boca de la casa... Pues esos veinte duros están ahora en manos de la Hacienda. Esos veinte duros y muchos veinte duros de otros aldeanos, las pobres gentes, van á servir para pagar una pequeña parte de lo que ganan los ministros, de lo que ganan los embajadores, de lo que se emplea en cien despilfarros. Esos veinte duros—entregados en pobre calderilla por el aldeano de Salmeroncillo—servirán, convertidos en un flamante y sugestivo billete, tal vez para satisfacer el importe de los caramelitos que consuma una tarde el Parlamento.

Si yo, si yo mismo, que no soy más que un simple periodista, voy esta noche á un ministro cualquiera y le prometo un favor en el periódico y le pido otro favor en su despacho, podré tener mañana esos veinte duros y otros, en forma de una credencial, hasta en forma de donativo indecente y escueto, con cargo al fondo de reptiles ó al consacido capítulo de material. Sí, hija mía, sí. Muchos lujos, muchas grandezas, muchos esplendores, casi toda esa fastuosidad brillante, que ciega y que deslumbra, de Madrid, no subsistiría si á muchos aldeanos, como ese de Salmeroncillo, no se les estrujara, no se les exprimiera, no se les obligara á vender el cerdo ó á hipotecar la huerta ó á enajenar la casa ó á mandar á sus hijas á servir por no poder mal sustentarse, para sacarles esos veinte duros que en Madrid no son nada y que allá, allá en el campo, ya ves cuantos sudores cuestan.

—¡Pero eso no es justo!

—Ya lo creo que no es justo. Como que esa muchacha, que tú, por desconocimiento de las cosas, podrías creer una inferior, nacida y destinada para servirte, no es sino la base, el sostén, el apoyo desdichado de todo este mundo, de toda esta sociedad en que con mayor ó menor títulos é imperio viven todos los que son de la burocracia, de la política, del negocio, de tantas cosas inútiles y perniciosas como hay en este pueblo grande, sin cualidades ni virtudes, que se agita en la corte.

Desde mi puesto en la mesa vela yo á la muchacha que entraba y salía en la cocina, raginando con esa seriedad precoz de los niños trabajadores.

Me dió pena por ella y medité:

—Si yo esta noche iba á dedicar mi crónica al discurso ó al resultado del Consejo, ó al libro ó al espectáculo, ó á lo que el ministro ha dicho ó á lo que el diputado va á decir, ¿por qué no dedicar todo esto á mi pobre criada, á esta pobre chica de Salmeroncillo, sacada de su hogar y enviada á servir para que el importe de su ración mezquina de patatas se sume á los poquitos frutos de las contribuciones con que va á sostener al orador, al ministro, al empleado, al agiotista y al banquero?

Han marchado á Barcelona nuestros estimados compañeros J. Mir y Mir y Juan Manent.

Desde la capital catalana, proseguirán la labor emancipadora comenzada en este periódico, enviándonos cuantos escritos crean de interés para la causa del proletariado.

Próximamente principiarán en la Federación Obrera las conferencias populares de vulgarización científica.

El interés que despertaron las primeras que se celebraron nos hace esperar que estas se verán también muy concurridas.

BARCELONA

En muchas sociedades obreras se han presentado peticiones de los llegados últimamente pretendiendo que les admitan como socios.

Algunos han sido descubiertos, pero tal vez otros, si no se les conoce, sorprenderán la buena fe de los obreros.

Hay que procurar vigilar á esa mala ralea.

GIBRALTAR

27 Octubre 1902

Compañeros de EL PORVENIR DEL OBRERO

Salud.

Las autoridades militares de La Linea siguen cometiendo atropellos con los honrados trabajadores de este campo, haciendo prisiones y torturando á los presos.

Uno de los martirizados, Juan Mancera, está algo mejor, pero todavía tiene señalados los verdugones de los vergajazos propinados por los émulos del infame Portas.

En la actualidad hay unos treinta y seis presos, entre los cuales figuran las compañeras Ana Chacon y Elisa Aragon, que en la misma cárcel demuestran sus energías como valientes luchadoras.

Ha sido puesto en libertad un obrero de esta plaza llamado Antonio Pitaluya, que fue detenido el día de los sucesos y ha estado preso doce días sin haber cometido ninguna falta.

Al compañero Manuel Ramos le detuvieron al salir del teatro, y su compañera que estaba presente viendo esta infamia dijo que donde fuera el iría ella, de modo que los dos fueron presos; él continúa en la cárcel y ella fue puesta en libertad el día siguiente.

Todas las autoridades de este campo están de acuerdo para atropellar á los trabajadores.

En esta plaza tratamos de celebrar un mitin de protesta, para lo que hay mucho entusiasmo entre los obreros y hemos recibido muchas cartas de adhesión de Madrid y de Cádiz.

Se teme que las autoridades cometan grandes injusticias, condenando á trabajadores inocentes, en vez de castigar á los que les atropellaron, como sería de justicia.

El corresponsal

BIBLIOGRAFÍA

Las dos fuerzas. Reacción y Progreso, por José Sanchez Rosa.

Hace más de un mes que quiero escribir algo sobre el folleto cuyo título encabeza estas líneas; mis ocupaciones no me lo han permitido antes de hoy.

Las dos fuerzas es un interesante diálogo entre la Reacción y el Progreso. Su autor, el compañero José Sanchez Rosa, (1) ha derramado en dicho folleto las más sublimes concepciones de su inteligencia y los más ardientes entusiasmos de su convicción.

Con lenguaje claro y sencillo explica las bellezas del ideal; y los puntos más escabrosos donde nuestros enemigos se agarran para combatirlo, los desarrolla con verdadera maestría.

Y las objeciones que á menudo nos hacen nuestros detractores, las refuta con una lógica irrefutable. El estilo es sencillo pero elocuente; la forma amena y entretenida. En resumen: *Las dos fuerzas* es de lo mejor que en calidad de folleto se ha escrito.

Considerándolo de gran utilidad para la propaganda, lo recomiendo á todos los trabajadores. Con 56 páginas, papel satinado y esmerada impresión, cuesta 30 céntimos ejemplar; los pedidos que pasen de 20 ejemplares llevan el 25 por ciento de descuento.

(1) Fué uno de los procesados por el infame proceso de *La Mano Negra*.

Todos los pedidos—que deberán ir acompañados de sus respectivos importes, á su autor, calle de al Paz, Los Barrios (Cádiz).

M. Rincón.

FEDERACION DE OBREROS DE MENORCA

Hoy sábado, empezando á las 9 de la noche, se celebrará reunión general ordinaria.—El Secretario, Celestino Fernandez.

Solidaridad para la compañera é hijos de ERNESTO ALVAREZ.

	Pesetas
Varios compañeros de Villacárlos	1'00
Tento	0'30
Moreno	0'25
Adrover	0'30
E. P.	0'15
Vicens	0'50
Su compañera	0'25
El hijo de ambos	0'25
Francisco Mateu	0'25
Antonio Garcia	0'25
Un libertario	0'15
P. O.	0'15
Garibaldi	0'15
Pedro Planas	0'25
Celestino Fernandes	0'15
Ivo Olives	0'25
Suma	4'60

(Continuará)

Suscripción para sufragar los gastos ocasionados por el atropello de los católicos de Villacárlos el domingo 5 de Octubre y las multas impuestas por el Sr. Alcalde republicano y librepensador del mismo pueblo.

	Pesetas
Suma anterior	12'50
Pedro Garcia	0'25
Para comprar un pendón	0'25
Francisco Matheu	0'25
Antonio Rotger	0'25
Guillermo Coda	0'50
Catalina Llabrés	0'25
Francisco Sintés	0'50
Pedro Fuguet	0'20
José Sintés	0'25
Juan Manent	1'00
Antonio Pons Carreras	0'75
Suma	16'95

(Continuará)

CORRESPONDENCIA

LÉRIDA.—C. S.—Serviremos suscripciones.—Puedes girar á nombre del Administrador de *El Porvenir del Obrero*.

LOS BARRIOS.—J. S. R.—Recibimos carta y estamos conformes.

ADRA.—J. E. G.—El mejor medio es libranza á nombre del Administrador de *El Porvenir del Obrero*. Con *La Linea* no tenemos relación desde los últimos sucesos. Tampoco tenemos libro que indicas.

AZNALCOLLAR.—M. V.—No hemos llevado cuenta; puedes hacerla tu mismo.

GIBRALTAR.—A. R.—Libranza viene equivocado el nombre del periódico; si no podemos cobrarla la devolvemos para que se corrija.

BARCELONA.—S. S.—Recibidas 1'40 pts. de Alayor para "Libre Concurso".

ZARAGOZA.—J. Q.—Anotamos pedido folleto, que ha sufrido retraso, pero que saldrá pronto.

MURCIA.—*El Obrero Moderno*. Enviamos 50 "Las Huelgas y la Autoridad". Anotamos pedido ¿Dónde está Dios?

MANZANARES.—G. M. D.—Anotamos pedido.

BARCELONA.—G. J. L.—Recibidos 6 pesetas. Enviamos paquete á la nueva dirección.

GALLARTA.—M. E.—Recibido artículo.

Libros y folletos que se hallan en venta en esta Administración.

El Botón de Fuego, por José Lopez Montenegro, á 10 céntimos cada cuaderno.

Las Huelgas y la Autoridad, por Leopoldo Bonafulla, 10 céntimos.

La Huelga General, por José Lopez Montenegro, 25 céntimos.

Orientación Sociológica, por Sebastián Suñé, 1 peseta.

Las dos fuerzas, Reacción y Progreso, por José Sanchez Rosa, 30 céntimos.

¿Dónde está Dios? por M. Rey, 10 céntimos.

B. Fábregues, imp. Nueva, 25.—Mahón.